

EN TIEMPOS DE DUDAS Y CERTEZAS RÁPIDAS

LA FRAGILIDAD DE LA VERDAD

Creemos saber, pero muchas veces solo repetimos. Este artículo invita a descubrir cómo el autoengaño y los falsos discursos científicos moldean nuestras certezas en pleno siglo XXI.

Ulysses P. Albuquerque

Vivimos en una época en la que la información no solo circula, sino que corre, salta, se multiplica y, muchas veces, nos atropella. La conectividad permanente ha traído consigo una promesa seductora que es el acceso libre al conocimiento. Sin embargo, esta promesa viene acompañada de una paradoja inquietante: nunca fue tan fácil compartir datos, ideas y descubrimientos. Pero, al mismo tiempo, nunca fue tan difícil distinguir entre lo que tiene fundamento y lo que apenas se disfraza de verdad.

Uno de los aspectos más peligrosos de este fenómeno es que la pseudociencia (ver Glosario) no se presenta como una alternativa inocente a la ciencia (ver Recuadro). Ella viste sus ropajes, utiliza su léxico, adopta sus gráficos y estadísticas, incluso cuando no entiende o no respeta sus métodos. Se mimetiza en la figura del experto, repite jergas técnicas y se aloja en discursos que aparentan rigurosidad, pero que eluden toda posibilidad real de verificación (ver Figura 1). Como señala el filósofo Sven Ove Hansson del Instituto Real de Tecnología de Estocolmo, la pseudociencia simula las señales externas del conocimiento científico, pero no se somete a su escrutinio.

Este disfraz, sin embargo, no funciona solo por mérito propio. La cognición (ver Glosario) que nos caracteriza como especie también tiene su cuota de responsabilidad. Como seres humanos, somos propensos a errores de razonamiento, a sesgos de confirmación (ver Glosario), a preferir aquello que refuerza nuestras creencias previas. La pseudociencia

se alimenta precisamente de estas características. Y cuanto más rápido circula la información, más difícil se vuelve ejercer el filtro de la duda razonada.

El escepticismo genuino (ver Glosario) es una herramienta poderosa, pues permite evaluar con responsabilidad las afirmaciones que aceptamos como válidas, sin caer en negaciones automáticas. El problema es que, muchas veces, lo que se presenta como escepticismo es, en realidad, pseudoescepticismo. Se trata de una postura dogmática (ver Glosario) que se disfraza de pensamiento crítico. El pseudoescepticismo no duda para investigar: duda para afirmar que ya tiene razón. Confunde el escepticismo con una forma de orgullo epistémico. Rechaza todo lo que no se ajusta a su visión previa del mundo y se aferra a su certeza como si de ello dependiera su identidad.

¿Autoengaño o mala fe?

La Agencia de Noticias Científicas de la Universidad Nacional de Quilmes reportó un evento insólito en la ciudad de La Plata: el primer encuentro de “dino-negacionistas” en Argentina, un grupo que niega la existencia de los dinosaurios. La manifestación se realizó frente al Museo de Ciencias Naturales de La Plata y fue organizada por seguidores del terraplanismo y del colectivo “Nur para Todos”, liderado por Iru Landucci. Los seguidores sostienen que los dinosaurios nunca existieron y que los fósiles son una fabricación de intereses académicos y políticos. Este movimiento negacionista, aunque reciente en Argentina, tiene sus raíces en tendencias importadas de países como Estados Unidos. Su argumentación mezcla teorías conspirativas, interpretaciones religiosas extremas y una visión distorsionada del escepticismo científico. Este fenómeno no representa una postura crítica legítima, sino una desconfianza sistemática hacia el conocimiento científico institucionalizado.

Fuente: Agencia de Noticias Científicas UNQ. 2025 (8 de julio de 2025). Primer encuentro dino-negacionista en Argentina. [[Disponible en Internet](#)]

Palabras clave: autoengaño, conocimiento, escepticismo, pseudociencia, verdad.

Ulysses Paulino Albuquerque¹

Dr. en Biología Vegetal
ulysses.albuquerque@ufpe.br

¹ Centro de Biociências, Universidade Federal de Pernambuco, Brasil

Recibido: 18/07/2025. Aceptado: 01/10/2025.



Imagen: Gentileza del autor.

Figura 1. La pseudociencia se disfraza con la apariencia de la ciencia: adopta su lenguaje, sus símbolos y su autoridad visual, pero oculta en su interior una ilusión que no resiste el escrutinio crítico.

La vigilancia epistémica (ver Glosario) es, en teoría, un mecanismo que debería ayudarnos a protegernos del error y del engaño, como escribe Konrad Talmont-Kaminski, de la Universidad de Białystok. Evaluar críticamente lo que leemos, contrastar fuentes, identificar falacias, todo eso forma parte de una actitud que podríamos llamar saludable frente al conocimiento. Este mecanismo muchas veces no funciona como debería. Es precisamente en ese punto donde emerge su contraparte más nociva: la negligencia epistémica (ver Glosario). Esta no es simplemente ignorancia, sino una forma activa de evitar el esfuerzo de pensar, de investigar, de escuchar lo que desafía. La negligencia epistémica es funcional, pues alivia, economiza energía cognitiva y fortalece vínculos grupales, pero a un costo alto. Cuando dejamos de ejercer la vigilancia real, aquella que exige incomodidad, revisión de premisas y renuncia a certezas fáciles, nos volvemos blanco fácil de narrativas pseudocientíficas que nos dicen exactamente lo que queremos oír.

El uso de la retórica de la ciencia

El prestigio de la ciencia en las sociedades contemporáneas es, a la vez, su mayor fuerza y

vulnerabilidad. La idea de que algo es científico produce un fuerte efecto: confiere legitimidad, despierta confianza, moviliza decisiones políticas, sanitarias, educativas y hasta emocionales. Precisamente por eso, la retórica de la ciencia se ha convertido en un recurso poderoso, codiciado por aquellos que desean convencer sin necesariamente demostrar.

La ciencia debería ser entendida más como un conjunto de métodos rigurosos que buscan producir conocimiento confiable y no como un emblema. No existe un único camino metodológico y las ciencias naturales, las ciencias sociales, la botánica o la física cuántica utilizan estrategias distintas para generar evidencia. Lo que las une no es un método único sino el compromiso con la transparencia, la coherencia lógica y la apertura a la crítica. Sin embargo, en muchos casos se transforma en un fetiche. No interesa cómo se llegó a una afirmación, sino si ella parece científica. Basta una bata blanca, una estadística malinterpretada, un vocabulario técnico o un “estudio” sin revisión por pares para que una idea gane credibilidad. En este contexto, no es de extrañar que muchos discursos ideológicos, intereses comerciales o necesidades afectivas se vistan con ropas científicas para ganar aceptación.

Uno de los riesgos más preocupantes de esta instrumentalización de la ciencia es su uso con fines ideológicos. Esto ocurre cuando ciertos discursos utilizan la apariencia de neutralidad científica para reforzar visiones de mundo, jerarquías sociales o valores morales. Así, se promueven narrativas que aparentan estar sustentadas por evidencia empírica, pero que, en realidad, apenas camuflan prejuicios, dogmas o agendas políticas.

Del otro lado del espectro, está el uso comercial de la retórica científica (ver Glosario, ver Figura 2). Este se evidencia en la industria de los suplementos “naturales”, en los productos “científicamente comprobados” para adelgazar, rejuvenecer o curar enfermedades crónicas sin necesidad de tratamientos médicos. Es una industria lucrativa, que no necesita evidencia robusta, porque se basa en algo mucho más poderoso: el deseo humano de tener el control de su salud, de su cuerpo, de su destino.

Pero hay una tercera dimensión, quizás más difícil de identificar: el uso afectivo de la ciencia. Este se manifiesta cuando buscamos en la ciencia consuelo emocional, reafirmación identitaria o sentido existencial. Eso no es, en sí mismo, un problema. La ciencia puede, sin duda, despertar asombro, generar pertenencia y ofrecer dirección. El problema surge cuando ese vínculo afectivo conduce a la idealización de la ciencia o a la aceptación acrítica de cualquier discurso que la utilice como escudo. Eso puede generar una paradoja: la ciencia se valora no por su capacidad de autocrítica, sino por parecer inquebrantable, pura e incuestionable —precisamente lo opuesto a lo que realmente es—.



Imagen: Gentileza del autor.

Figura 2. La mercantilización de la apariencia científica. Productos rotulados como “comprobados por estudios” seducen al público al combinar lenguaje técnico, símbolos de autoridad y promesas emocionales.

En la práctica, estos tres usos (ideológico, comercial y afectivo) muchas veces se superponen. Tomemos como ejemplo los discursos antivacunas: a menudo mezclan desconfianza hacia las instituciones (ideología), productos alternativos (mercado) y una narrativa emocional sobre la protección de los hijos o la libertad personal (afecto). El resultado es una retórica seductora (ver Recuadro).

Este panorama plantea una cuestión ética crucial: ¿cómo diferenciar el uso legítimo del lenguaje científico de su apropiación oportunista? La respuesta no es sencilla, pero comienza por reconocer que la ciencia, como lenguaje público, exige responsabilidad. La comunicación científica no debe ser solo clara, sino también honesta respecto a las limitaciones del conocimiento, las incertidumbres involucradas y los intereses en juego. No se trata de negar el impacto político, económico o emocional de la ciencia (ese impacto es inevitable), sino de garantizar que no se manipule para promover desinformación, reforzar desigualdades o vender soluciones fáciles a problemas complejos.

Negacionismo médico en redes sociales

En 2024, dos médicos brasileños, utilizaron sus redes sociales para afirmar que el cáncer de mama no existe y que las campañas de prevención, serían innecesarias. Entre sus argumentos, sostenían que lo que la medicina llama cáncer de mama sería en realidad una inflamación crónica de la mama, atribuida a deficiencia de yodo; que las mamografías podrían causar daño y provocar cáncer; y que los nódulos benignos desaparecerían sin necesidad de diagnóstico ni tratamiento. Las publicaciones se viralizaron y generaron fuerte reacción de instituciones como el Instituto Nacional de Câncer, la Sociedade Brasileira de Mastologia y la Sociedade Brasileira de Oncologia Clínica, que emitieron notas públicas clasificando estas afirmaciones como *fake news*. El Colégio Brasileiro de Radiologia inició una acción civil pública y la justicia brasileña ordenó la retirada del contenido. En 2025, el Conselho Federal de Medicina impuso la interdicción cautelar de uno de los médicos, prohibiéndole ejercer mientras dura el proceso ético-disciplinario. Este caso ilustra cómo incluso voces con credenciales profesionales pueden difundir desinformación peligrosa, utilizando un lenguaje que suena convincente para el público general. Refuerza la necesidad de una educación científica que enseñe no solo datos, sino también métodos, límites de la evidencia y criterios para distinguir entre conocimiento confiable y narrativas que solo imitan la forma de la ciencia.

Fuente: *Saúde* (Abril, 2024). *Câncer de mama não existe? Médicos espalham notícias falsas sobre a doença.* [Disponible en Internet]

Pseudociencia en contextos vulnerables

La pseudociencia se infiltra silenciosamente, hablando el idioma del sufrimiento humano y ganando terreno especialmente donde la incertidumbre y el vacío institucional están presentes. No obstante, es fundamental reconocer que la pseudociencia no siempre se propaga por ignorancia o buena fe. En muchos casos, su difusión responde a intereses estratégicos, motivados por lucro, prestigio o manipulación deliberada. Es decir, no todos los emisores de discursos pseudocientíficos son víctimas de autoengaño (ver Glosario); algunos —como ya he señalado en otros trabajos— son sus arquitectos. Independientemente de la intención, el resultado suele ser el mismo: puede ir desde una simple desinformación hasta consecuencias públicas graves y la toma de decisiones colectivas.

Los contextos sociales vulnerables son terreno fértil para narrativas que prometen soluciones inmediatas, fáciles y reconfortantes. Frente a una ciencia que a veces parece distante, técnica e inaccesible, la

pseudociencia aparece como una aliada comprensiva, que no exige entender estadísticas ni leer estudios revisados por pares. Solo exige fe, simpatía o una supuesta experiencia personal.

Ese comportamiento se apoya en una serie de mecanismos psicológicos. Uno de ellos es el sesgo de confirmación, que nos lleva a buscar, recordar y valorar con más fuerza la información que coincide con nuestras creencias previas. Otro, más sutil, es la necesidad de control: frente a un diagnóstico incierto, una enfermedad incurable o un conflicto emocional profundo, las personas tienden a aferrarse a aquello que les ofrece la ilusión de entendimiento o de dominio sobre la situación. La pseudociencia ofrece esa ilusión, muchas veces envuelta en palabras como “energía”, “frecuencia cuántica”, “memoria celular”, “toxicidad emocional” y otras expresiones carentes de precisión, pero repletas de resonancia emocional.

Y no podemos olvidar el papel de los discursos de autoridad. En un mundo donde la desconfianza en las instituciones es creciente, la voz de un “experto” autodeclarado en redes sociales puede tener más impacto que décadas de investigación seria. Las personas tienden a depositar su confianza en quien se muestra seguro, empático y cercano, incluso cuando esa seguridad es solo un artificio retórico. El fenómeno del “influencer científico”, que promueve tratamientos milagrosos, dietas extremas o curas alternativas sin base empírica, se ha convertido en una de las formas más potentes de diseminación de pseudociencia.

Además, el contexto de las redes sociales favorece este tipo de dinámica. La lógica algorítmica recompensa lo que genera reacciones rápidas, intensas y emocionales. Una afirmación sencilla, aunque falsa, se comparte con más rapidez que una explicación técnica, aunque verdadera. La pseudociencia sabe cómo usar este terreno a su favor: ofrece narrativas de conspiración, enemigos ocultos (la industria farmacéutica, los científicos corruptos, los gobiernos opresores), y se presenta como la voz valiente que revela lo que “ellos” no quieren que sepas. En este sentido, la pseudociencia se convierte también en una forma de resistencia simbólica. Se presenta como el conocimiento de quienes se consideran críticos y valientes, los que dicen atreverse a pensar “fuera de la caja”, aunque en realidad estén atrapados en una caja aún más pequeña, la de sus propios sesgos e intereses.

El desafío, entonces, no es solo epistemológico, sino ético y político. No basta con mostrar que algo carece de pruebas. Es necesario entender por qué tantas personas necesitan creer en ello. Hay que reconstruir el puente roto entre la ciencia y la sociedad. Y para eso, necesitamos más que datos: necesitamos empatía, educación científica accesible y una comunicación que no subestime la inteligencia del público, pero que tampoco ignore sus emociones.

La ética del conocimiento

Una de las preguntas filosóficas más persistentes del pensamiento moderno es: ¿qué es, al final, la ciencia? Y más allá de eso: ¿cómo distinguirla de otras formas de conocer el mundo sin caer en reduccionismos, desprecios o idealizaciones? En un momento histórico marcado por la erosión de certezas, la hibridación de discursos y el crecimiento de formas alternativas de conocimiento, esta pregunta deja de ser meramente académica y se vuelve urgente.

Desde una perspectiva crítica, pensar los límites entre ciencia y otros saberes exige abandonar la ingenua ilusión de que la ciencia opera en una torre de marfil, inmune a influencias políticas, económicas o culturales. Por eso, cuando intentamos establecer una frontera entre ciencia y no ciencia, debemos hacerlo con humildad epistémica. Hay que reconocer que la ciencia es apenas una entre varias formas de organizar la experiencia humana. Saber popular, conocimiento indígena, espiritualidades, prácticas artísticas o religiosas, todos estos sistemas operan con lógicas propias que no deben ser forzadas a encajar en moldes científicos solo para parecer legítimos. Intentar validar estos saberes añadiéndoles el adjetivo “científico” no los fortalece, los desfigura.

Prácticas como el reiki, por ejemplo, pueden tener un valor subjetivo para quienes las practican o encuentran alivio en ellas, ya sea porque les proporcionan consuelo emocional, sensación de control o significado personal, aunque ese efecto no esté necesariamente sustentado por evidencia científica. No hay problema alguno en que estas creencias formen parte de la experiencia individual o cultural. El problema surge cuando se intenta validar estas prácticas en el terreno de la medicina científica sin cumplir con los requisitos mínimos de evidencia y control. Al asumir la estética del lenguaje científico sin su rigurosidad, estas prácticas se comportan como pseudociencias.

Sin embargo, también es necesario trazar una línea firme cuando ciertas prácticas pretenden ocupar el espacio de la ciencia sin respetar sus reglas mínimas de transparencia, control y autocorrección. Y aquí, más que una discusión epistemológica, entramos en el terreno de la ética del conocimiento. Pero no se trata solamente de saber si algo es verdadero o falso, sino de preguntarnos: ¿qué se busca al presentar esa afirmación como científica?, ¿a quién beneficia?, ¿qué tipo de consecuencias produce?

Desde el punto de vista de la psicología cognitiva, este fenómeno está profundamente relacionado con nuestras limitaciones como agentes racionales. Somos seres que buscan sentido, que temen la incertidumbre, que tienden a organizar la realidad en narrativas coherentes, aunque sean ilusorias. El pensamiento crítico no es natural: se cultiva. Y el escepticismo saludable, aquel que cuestiona sin negar, que duda

sin destruir, necesita ser enseñado desde temprano, no como una actitud cínica frente al mundo, sino como una forma de compromiso con la complejidad.

Una educación crítica debe enseñar que confiar en la ciencia no significa aceptar ciegamente sus conclusiones, sino comprender cómo y por qué se llegó a ellas. También implica saber decir 'no sé' cuando la evidencia aún no es suficiente y resistir la tentación de llenar ese vacío con explicaciones mágicas o ideológicas.

Situar a las ciencias en un marco histórico, político y social es importante para recordar que el conocimiento científico se construye en contextos concretos y está en constante revisión. Las ciencias son prácticas humanas que se desarrollan en contextos específicos, respondiendo a intereses y necesidades de cada época. Esto no significa que sus evidencias puedan ser aceptadas o rechazadas a gusto personal, sino que deben ser entendidas en relación con los problemas que buscan resolver y las decisiones que informan. En el escenario actual de policrisis —caracterizado por la superposición de crisis climáticas, sanitarias, económicas, políticas y de confianza institucional— la búsqueda de certezas rápidas se intensifica y se abren espacios para narrativas simplistas, incluidas las pseudocientíficas.

Desafíos en un mundo de incertidumbre

En un mundo saturado de datos, lo más difícil ya no es acceder a la información, sino saber en qué confiar. La sobrecarga informativa, lo que algunos autores llaman la infodemia (ver Glosario), genera un efecto paradójico: mientras tenemos cada vez más posibilidades de aprender, también somos más vulnerables a ser engañados. En este escenario, producir y comunicar conocimiento confiable se ha tornado una tarea heroica y, muchas veces, frustrante.

Uno de los principales desafíos está en el propio proceso de producción del conocimiento científico. La ciencia es, por definición, inacabada. Se fundamenta en la revisión continua, en la posibilidad de estar equivocada, en la apertura a la crítica. Sin embargo, este carácter provisorio, que debería ser celebrado como fortaleza, se malinterpreta como fragilidad. En una sociedad que busca certezas rápidas y soluciones inmediatas, la honestidad científica puede parecer insuficiente.

Por el contrario, la comunicación científica se ve atrapada entre dos fuerzas opuestas: la necesidad de simplificar el conocimiento para hacerlo accesible, y el riesgo de distorsionarlo en el proceso. La divulgación, cuando es bien hecha, logra traducir la complejidad sin traicionar el rigor. Pero cuando se rinde a los formatos virales, a los títulos sensacionalistas o a las soluciones mágicas, termina alimentando el mismo

caldo de cultivo que sustenta la pseudociencia.

Una investigación desarrollada por nuestro grupo de estudios sobre la pandemia por Covid-19, liderada por la Dra. Edwine Oliveira, ilustra de manera clara cómo el prestigio percibido de una fuente puede influir directamente en la forma en que las personas recuerdan y aceptan información científica. En el estudio, analizamos si perfiles distintos —familiares, políticos, científicos y divulgadores digitales— afectaban la retención de datos relevantes sobre prevención y tratamiento de la enfermedad. Los resultados mostraron que las fuentes asociadas explícitamente al conocimiento científico (como instituciones de investigación y comunicadores con credenciales) tuvieron un impacto significativamente mayor en la memoria y aceptación del contenido por parte de los participantes. Este hallazgo refuerza la necesidad de fortalecer la confianza pública en la ciencia, especialmente en tiempos de crisis, cuando la información confiable puede ser decisiva para el bienestar colectivo.

Pero el problema no se limita a los no especialistas. Incluso en el ámbito académico, muchos profesionales repiten fórmulas sin reflexión, aplican métodos sin comprender sus fundamentos o comunican resultados sin preocuparse por su impacto social. En este sentido, el conocimiento confiable exige algo más que método: exige ética, responsabilidad y conciencia contextual. No basta con tener evidencia, es necesario entender cómo, cuándo y para quién esa evidencia se vuelve significativa.

¿Cómo enfrentar este panorama? Primero, es necesario reconocer que la comunicación científica no es neutral. Carga consigo valores, intereses, afectos. Esto no es un problema en sí mismo, pero exige conciencia y transparencia. Un científico que se comunica con el público debe considerar los efectos de sus palabras. En segundo lugar, es urgente invertir en una educación basada en el pensamiento crítico desde la escuela. Esto no significa solamente aprender conceptos científicos, sino desarrollar la capacidad de cuestionar, investigar, comparar fuentes, reconocer emociones y prejuicios que influyen en nuestro juicio. Un ciudadano crítico no es quien tiene todas las respuestas, sino quien sabe formular buenas preguntas y reconoce cuándo aún no sabe lo suficiente para responder.

Finalmente, es necesario defender una ciencia con vocación pública. Esto implica romper con el elitismo académico, valorar la escucha activa y reconstruir el pacto de confianza entre el conocimiento y la sociedad. La ciencia no puede hablar sobre las personas sin hablar con ellas. Y, sobre todo, no puede guardar silencio ante el avance de la desinformación, aunque el enfrentamiento con el sentido común resulte incómodo.

Agradecimientos

El presente texto corresponde a la transcripción revisada de la conferencia “Pseudociencia, autoengaño y la fragilidad de la verdad en el siglo XXI”, realizada el viernes 4 de julio de 2025 en el marco de los Coloquios del Instituto de Investigaciones en Biodiversidad y Medioambiente (INIBIOMA, Bariloche). La participación del autor en dicho evento fue posible gracias al apoyo del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) de Brasil, en el ámbito del proyecto “Estrategias Adaptativas ante el Cambio Climático: Un Análisis Tri-Nacional del Conocimiento Ecológico Tradicional”, que permitió una estancia de corta duración en Argentina. Durante esta estancia, el autor y el equipo brasileño fueron recibidos con gran hospitalidad por la Dra. Ana Ladio, del INIBIOMA, a quien se agradece profundamente por la cálida acogida, el intercambio académico y la oportunidad de diálogo interdisciplinario que enriqueció esta experiencia. El autor expresa su sincero agradecimiento a los revisores anónimos por sus observaciones críticas y sugerencias, las cuales contribuyeron significativamente a mejorar la claridad y la coherencia del texto.

Declaración sobre el uso de IA generativa

Las ilustraciones presentes en este artículo fueron generadas mediante herramientas de inteligencia artificial generativa, siguiendo instrucciones detalladas proporcionadas por el autor. El texto fue editado y revisado con el apoyo de inteligencia artificial, bajo la supervisión directa del autor, quien se responsabiliza por su contenido final, coherencia argumentativa e integridad intelectual.

Resumen

En un mundo saturado de información, la pseudo-ciencia no solo persiste, sino que se adapta y seduce. Este artículo analiza cómo las prácticas no científicas se disfrazan de ciencia para ganar legitimidad. A través de una mirada que integra filosofía, psicología cognitiva, educación y ética, se exploran los mecanismos del autoengaño, los usos ideológicos y comerciales de la retórica científica, y los desafíos contemporáneos para producir y comunicar conocimiento confiable. La propuesta es promover un escepticismo saludable que nos permita distinguir, con responsabilidad, entre verdad, apariencia y manipulación.

Glosario

- Autoengaño:** mecanismo mental que nos lleva a creer en algo falso, muchas veces sin darnos cuenta, simplemente porque hacerlo nos brinda consuelo o evita que enfrentemos conflictos internos que preferiríamos esquivar.
- Cognición:** conjunto de procesos mentales que usamos para conocer el mundo, percibir, recordar, pensar, tomar decisiones, usar el lenguaje.
- Dogmático/a:** actitud cerrada, rígida, que no admite cuestionamientos. Es la certeza que se impone, no porque haya evidencia sólida, sino porque se asume como verdad absoluta.
- Escepticismo:** forma de cuidado con lo que aceptamos como verdadero, que exige pruebas antes de asentir. No se trata de negarlo todo, sino de dudar con responsabilidad.
- Infodemia:** término utilizado para describir el exceso de información en circulación. Cuanto más datos hay, más difícil se vuelve separar lo confiable de lo engañoso.
- Negligencia epistémica:** actitud que lleva a no solo ignorar sino negarse activamente a pensar, a investigar, a escuchar lo que incomoda. Es una comodidad peligrosa que alivia, pero nos deja vulnerables.
- Pseudociencia:** conjunto de prácticas que tienen apariencia de ciencia, pero que no respetan sus fundamentos. No se someten a revisión crítica, pero usan su lenguaje para parecer legítimas.
- Retórica científica:** uso estratégico del lenguaje y de la estética de la ciencia (túnicas blancas, gráficos, tecnicismos) para convencer sin necesariamente demostrar.
- Sesgo de confirmación:** tendencia a preferir lo que ya creemos.
- Vigilancia epistémica:** actitud crítica que deberíamos cultivar para no dejarnos engañar fácilmente. Implica leer con atención, verificar fuentes y mantenernos incómodos frente a las certezas fáciles.

Para ampliar este tema

Albuquerque, U. P. (2024). *Errados são os outros! Ceticismo, pseudoceticismo e ciência*. Bauru, Brasil: Canal 6 Editora. [\[Disponible en Internet\]](#)

Albuquerque, U. P. (2025). *Querem nos enganar! Uma introdução à pseudociência*. Bauru, Brasil: Canal 6 Editora. [\[Disponible en Internet\]](#)

Bunge, M. (2014a). *Las pseudociencias ¡Vaya timo!* Laetoli.

Bunge, M. (2014b). *Pseudociencia e ideologia*. Siglo veintiuno.